

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Breve meditación sobre la Cena del Señor	181
La Cena del Señor	184
Una conversación acerca de la Cena del Señor	187
La Cena del Señor, sentados a Su mesa	203
Anunciar Su muerte	208
"Haced esto en memoria de mí"	211
Pensamiento	212
"He aquí el hombre"	212

Año IX. N° 6

Noviembre - Diciembre 2004

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2004 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

BREVE MEDITACIÓN SOBRE LA CENA DEL SEÑOR

Según Hechos 20:7, parece claro que los santos deben partir el pan en memoria del Señor el primer día de la semana. Éste es el día de la resurrección, no el de la muerte, y no se nos prescribe que participemos de tal memorial como un duelo por los muertos. El Señor resucitó; por eso participamos de la Cena, con solemne gozo y agradecimiento, el día que nos habla de su poder en la resurrección. Estoy convencido de que el Espíritu Santo nos hace fijar la atención en el día tanto como en el objeto que reunía a los creyentes en el principio. Al leer el capítulo 20 de los Hechos, no cabe duda de que el apóstol, que partiría después de una corta estadía, dio un largo discurso ante aquellos que estaban reunidos; pero ese día ellos estaban reunidos **para partir el pan**. ¿Hemos adoptado otras ideas o aceptado otras costumbres? ¿O nos comportamos como personas que creen que el Espíritu Santo conoce y nos muestra la mejor, la más fiel, la más santa, la más dichosa manera de agradar a Dios y honrar a Cristo?

La muerte del Señor mantiene constantemente en nuestras almas el recuerdo de nuestra extrema miseria como hombres antaño pecadores, miseria que quedó probada en la cruz. El hecho de que todos nuestros pecados sean completamente borrados por su sangre; que Dios fue glorificado por Él hasta la muerte y sobre todo en la muerte misma; la manifestación de la gracia absoluta, al mismo tiempo que la justicia de Dios justificándonos; la gloria perfecta del Salvador; todas estas cosas e infinitamente más aún, son mantenidas delante de nosotros me-

diante estas simples pero tan maravillosas palabras: “La muerte del Señor.”

Participar de la Cena en memoria del Señor, y anunciar así su muerte, es lo que nos reúne y manifiesta nuestro íntimo deseo. No puede haber duda alguna en cuanto al significado de la Palabra de Dios, que nos habla de ello para alentarnos y edificarnos. Indiscutiblemente, la Cena del Señor debe ocupar el primer lugar en el culto que rinden los santos. Éste debe ser el pensamiento principal cuando ellos se reúnen el primer día de la semana. Ni las oraciones, ni las enseñanzas que puedan ser impartidas por muchos, deberían dejar relegado en la sombra a este gran objetivo.

Podría suceder que usted vuelva decepcionado del culto porque no escuchó un estudio de la Palabra o una exhortación. ¿Es posible que usted haya ido a recordar al Señor y a anunciar su muerte, y regrese sintiendo que no está satisfecho? ¿Cómo puede suceder esto? ¿No habrá sufrido usted la mórbida influencia de la triste condición en que se encuentra hoy la cristiandad? En el corazón natural hay algo que gusta de lo que pertenece al mundo. Cuando el corazón tiene al maná celestial sólo como un “pan tan liviano” (Números 21:5) siente una necesidad de excitación que le hace desear el alimento de Egipto. Es muy cierto que en nuestro interior tenemos algo que se acomoda con mucha facilidad a lo que se encuentra fuera de nosotros; pero es humillante y aflictivo que parezca indispensable un discurso para acompañar al partimiento del pan, y que se piense que falta algo si no hay una predicación en la reunión en que la muerte del Señor se ubica ante nuestros corazones y en la cual nos hemos congregado alrededor del Señor, en su nombre, con aquellos que le aman.

¿Habrá un servicio que resulte más agradable a Dios, que el simple recuerdo de la Persona de Cristo?

Por supuesto, admito plenamente el ministerio de la Palabra; pero éste no tiene relación con la Cena del Señor. Si usted atribuye a alguien la función de administrar el pan y el vino, esto se convierte en un sacramento y ya no será la Cena tal como la instituyó el Señor en su Palabra. De acuerdo con las Escrituras, la Cena no deja ningún lugar para que se manifieste la importancia humana bajo las pretensiones de un clero. En cuanto a los propios apóstoles, por benditos y honrados que fueran, en la celebración de la Cena del Señor ellos estaban en Su presencia como almas salvadas del pecado y del juicio mediante la muerte del Señor, aun cuando tenían su lugar de dignidad apostólica ejercida en la organización de las iglesias, en la elección de ancianos y en la designación de diáconos. La Palabra de Dios prueba claramente que la administración de la Cena mediante una personalidad oficial es solamente una invención y una tradición de los hombres que no tiene ningún fundamento. La Cena del Señor es tanto un dulce privilegio como un solemne deber para todos los suyos; excepto, sin embargo, para los que están bajo la disciplina.

Cuando pensamos en el infinito amor que el Señor nos manifestó al sacrificarse por nosotros, en la liberación que no merecíamos de modo alguno y que Él obró al tomar nuestro lugar en su profunda humillación y en sus sufrimientos bajo la ira de Dios, ¿no deberíamos considerar la conmemoración de la muerte del Señor como una obligación de absoluta importancia y que no debería ser descuidada bajo ningún pretexto? La falta de otro hermano no debería mantenernos alejados de ella. ¿Debe ser olvidado el Señor, por así decirlo, porque alguno

merece una reprensión o censura? El que cometió una falta debe ser reprendido o tratado de acuerdo con las Escrituras, pero **mi** lugar está donde se encuentra el Señor diciéndome: “Haced esto en memoria de mí”.

El sentimiento de mi propia falta tampoco debería mantenerme alejado. “Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa” (1.ª Corintios 11:28). No dice que se abstenga. El que se abstiene de la Cena del Señor declara de hecho que no es de los suyos. *W. Kelly (M. E. 1936)*

LA CENA DEL SEÑOR

(1.ª Corintios 11:26)

Cuando el Señor instituyó la Cena, su propia muerte era aún futura, y el Espíritu Santo aún no había sido dado; los discípulos no podían comprender el significado de esta comida. Cuando se lo reveló a Pablo para nosotros (v. 23), Su muerte ya se había consumado y su resurrección había demostrado el valor de ella; pues Él estaba en lo alto y podía dar dones a los hombres, y derramar bendiciones sobre su pueblo aquí abajo.

Es bueno que recordemos el significado de esta comida y qué hacemos cuando participamos de ella. El primer día de la semana hemos partido nuevamente el pan y hemos bebido de la copa. ¿Qué significa esto? Hemos anunciado la muerte del Señor, y continuaremos haciéndolo **hasta que Él venga**.

La muerte es algo terrible, y el hombre no quiere pensar en ella. Para el hombre, la muerte es el “rey de los espantos” (Job 18:14), “la paga del pecado”, el fin de todo orgullo de la

vida, el fin de la perversa carne. ¿A quién de los hombres le agrada la muerte como para anunciarla? Pero la muerte que anunciamos es la muerte del Señor, ¡la muerte del Autor de la vida! Sí, Él estuvo en esta tierra donde el hombre le dio muerte; y volverá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Pero nuestros pensamientos tienen un curso diferente. Comienzan con Dios el Padre, quien nos ha hecho capaces de nutrirnos de la muerte, de encontrar en ella nuestro alimento, de tomarla y de llevarla continuamente con nosotros. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni nuestros caminos sus caminos (Isaías 55:8). El hombre se rebeló y cayó en la ruina; entonces el dedo de Dios señaló la ruina a su Hijo, como una ocasión por la cual él podría glorificar al Dios y Padre. Él, el don de Dios, descendió de donde estaba con el Padre para entregar su vida. Las maravillas de su persona como Hijo de Dios y como Hijo del Hombre nunca antes habían resplandecido con tan glorioso esplendor. Como Hijo de Dios, él cumplió los designios y los planes de su Padre, incluso frente a la resistencia de la muerte y del Hades. Como Hijo del Hombre, él era santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores, y podía hacer brillar su integridad —obediente hasta la muerte y muerte de cruz— y su perfecta competencia para darse en rescate. ¡Cuán diversas maravillas se encuentran reunidas y puestas a la luz en su muerte! Por medio de su muerte, Él iba a quitarle el poder a aquel que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo. Lo hizo por medio de Su muerte, considerando a la muerte como obra de Satanás, quien en su hora hizo ejecutar su propósito por mano de hombre.

El Hijo de Dios salió de la tumba y del mundo invisible, como Sansón cuando, aprisionado en Gaza, salió de esa ciudad

llevando sobre sus hombros los pilares y el cerrojo de la puerta. Así, Él llevó cautiva la cautividad, arrebató al sepulcro su presa y, de allí en adelante, el sepulcro permanece abierto. Su muerte puso de manifiesto, evidenció el principio de todos los actos de los hombres en este mundo; y la perfección de su naturaleza humana hizo que se viera claramente el mal congénito de la naturaleza humana en todos los demás hombres. Crucificado en debilidad, fue obediente hasta la muerte; Él (el Justo) llevó el juicio de los numerosos injustos. El hombre, tal como es, no podría nutrirse de la muerte, y mucho menos de la muerte del Señor, el Autor de la vida. Pero un creyente sí puede hacerlo. Nosotros lo hemos hecho, porque en su muerte hemos hallado nuestra vida. De la roca herida brotó agua viva. En su muerte hemos hallado aquello por lo cual podemos tener comunión con Dios respecto a sus pensamientos sobre el pecado. Por lo tanto juzgamos que sólo Él podía llevar el castigo del pecado; juzgamos que Él llevó ese castigo. Nos alimentamos de ello pensando con gozo que su muerte es nuestro mar Rojo que nos separa de Egipto, del mundo que nos rodea; que ella es el juicio de Dios ejecutado sobre todo lo que somos. La Mesa del Señor es el único lugar que reúne a los hijos de Dios en este mundo; y allí, cada vez que la rodeamos, nos nutrimos de la muerte. Sin embargo, no lo hacemos solamente sentados a su mesa: pues es nuestro principio de vida aquí abajo (2.^a Corintios 4:10) y el de los caminos de Dios hacia nosotros (v. 4-11). Y vosotros, ¿os nutrís así de la muerte, habitualmente, cada día? ¿Hacéis de la muerte vuestro alimento? De un lado el camino se nos presenta cerrado por su muerte, como lo estuvo en una orilla del mar Rojo para Israel; pero del otro lado nuestra perspectiva es: ¡“Hasta que Él venga”!

G.V. Wigram (M. E. 1916)

UNA CONVERSACIÓN ACERCA DE LA CENA DEL SEÑOR

Por S. Prod'Hom

A. —Me dirijo a usted, querido hermano, para decirle que desde hace algún tiempo deseo participar de la Cena.

B. —¡Oh, esta noticia me da mucha felicidad! Entonces, ¿ahora usted es creyente?

A. —Desde mi infancia creí todo lo que dice la Palabra de Dios; pero a pesar de ello no tenía la seguridad de ser salvo. Hasta que un día al leer el capítulo 5 de la primera epístola de Juan me llamó la atención el versículo 13: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.” Entonces comprendí que por el hecho de creer tenía la vida eterna, y a partir de ese momento fui feliz. Por eso deseo formar parte de la Iglesia.

B. —Comprendo su deseo, pero debo señalarle que usted ya forma parte de la Iglesia desde el momento en que se convirtió en un hijo de Dios; usted es un miembro del cuerpo de Cristo, unido a Él por el Espíritu Santo, como todo creyente. De modo que usted simplemente debe tomar su lugar a la Mesa del Señor y partir el pan como miembro del cuerpo de Cristo. Pero luego nos referiremos al tema de la Mesa del Señor, pues hay otro aspecto importante que se debe considerar y que debe obrar en el corazón del creyente para infundirle el deseo de participar de la Cena. Supongo que usted también habrá pensado en ello.

A. —Es para obedecer al Señor, quien dijo: “Haced esto en memoria de mí.”

B. —En efecto, lo que debe atraer el corazón del redimido hacia el precioso memorial de Su muerte es el deseo expresado por el Señor. Pero quiero hacerle notar que no es exactamente un acto de obediencia, sino mucho más que eso. Lo que produce dicha necesidad en el corazón de sus redimidos es el amor por el Señor, quien sufrió y dio su vida en la cruz para salvarlos. Tal amor hace vibrar sus corazones para responder al deseo que Él expresó la noche que fue entregado: “Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. Mas he aquí, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa” (Lucas 22:19-21). En ese momento único en los anales de la eternidad, el Hijo de Dios, el cual había descendido a este mundo para manifestar el amor de Dios en medio de los hombres, después de haber sufrido de parte de ellos todo lo que provenía de sus corazones llenos de odio contra Dios, tenía delante de sí la muerte y el juicio de Dios, y junto a Sí al discípulo del cual el diablo se servía para entregarlo en manos de los hombres. En tal momento, el Señor, en lugar de compadecerse de sí mismo frente a los suyos, pensó en ellos, pensó en nosotros, en cada uno de sus redimidos, abarcando a todos en esa expresión: “por **vosotros**”, y expresó el deseo de que nos acordáramos de Él, de que recordáramos su muerte por la cual nos salvó. El amado Salvador, sabiendo de qué manera nosotros aprovecharíamos los resultados de su muerte, y que lo haríamos con egoísmo, sin pensar en Él, quiso que tuviéramos delante de nuestros ojos y para nuestros corazones un recuerdo visible de Él muriendo por nosotros. El pan representa su cuerpo y el vino

su sangre; separados el uno del otro significa la muerte. Al participar de este memorial, nos trasladamos en nuestros corazones a la escena del Gólgota donde vemos a nuestro Señor levantado de la tierra en una cruz, entre dos malhechores, después de haber sido objeto de la burlas de los jefes religiosos, de la crueldad de los soldados romanos y de los insultos proferidos por personas de todas las clases sociales que pasaban delante de Él (Mateo 27:39-44; Marcos 15:29-32). Y cuando los hombres saciaron su odio contra Aquel que estaba en medio de ellos como un cordero llevado al matadero y como oveja muda delante de sus trasquiladores (Isaías 53:7), el sol se oscureció y Jesús, solo entre la tierra y el cielo, estuvo durante tres horas separado de los hombres por las tinieblas y de su Dios por nuestros pecados; desamparado por Aquel de quien había hecho las delicias eternas, expiando así nuestras iniquidades bajo el peso de la ira divina. No hallamos ninguna palabra que exprese los sufrimientos expiatorios del Señor, salvo esta frase: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, que él dijo al final de las tres horas de tinieblas. Tal es la escena que contemplamos al tener ante nosotros el pan y el vino de la Cena, que hace resaltar el amor del Señor por nosotros, en el momento en que lo escuchamos decir: “Tomad, esto es mi cuerpo”, y: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada” (Marcos 14:22, 24).

Todo creyente que ha comprendido en alguna medida a qué precio fue obtenida la salvación que le dio el Salvador que ha venido a ser su Señor, y que contemple tan profundamente como le sea posible los sufrimientos que Él soportó para adquirirle una salvación gratuita, no dudará un instante en responder al deseo del corazón de Jesús, expresado la noche que fue entre-

gado. Comprenderá también que hablar del recuerdo de la muerte del Señor como si se tratara de la obediencia a un mandamiento equivale a rebajarlo. Supongamos que una joven a la que su madre, después de haberse entregado a ella por entero para su felicidad, antes de morir le da su retrato y le dice. «Míralo a menudo, te recordará lo que tu madre fue para ti» ¿Diría la hija, hablando del recuerdo que su madre le dejó: «Es necesario que yo obedezca a mi madre y mire su retrato»? Si hiciera eso ¿no se diría que ella manifiesta poco interés por tal madre?

A. —Ahora comprendo que lo que debe producir en mí el deseo de tomar la Cena es algo totalmente distinto del hecho de formar parte de la Iglesia. Lo que me atrae, junto con todos los redimidos, a este memorial tan grande, tan rico en recuerdos apropiados para conmover el corazón y desarrollar los afectos por el Señor, es el amor que Él nos manifestó. Pero si utilizo la expresión «formar parte de la Iglesia» lo hago porque siempre escucho decir que hay ciertos creyentes que no forman parte de la Iglesia.

B. —Hablares de esto más tarde, porque es muy importante tener claro este tema. Pero hay aún otra cosa que debe considerarse para participar de la Cena. Se trata del andar que debe ser digno del Señor y motivado por el amor que lo condujo a soportar todos los sufrimientos que nuestros innumerables pecados atrajeron sobre Él. La muerte del Señor puso a los creyentes no solamente más allá del juicio que Él sufrió en lugar de ellos, sino también fuera del mundo. Aun cuando están en el mundo, ellos deben vivir en novedad de vida, habiendo resucitado con Cristo. En el capítulo 3 de la epístola a los Colosenses está escrito: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la dies-

tra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (v. 1-3). Es necesario romper con todo aquello que no es digno del Señor, y ser dirigidos en todas las cosas por la Palabra de Dios, a fin de poder seguir Sus pisadas, porque Él es nuestra vida. Él fue en este mundo la expresión de tal vida; Él es el modelo y el objeto de ella. Esto representa asumir una responsabilidad que puede hacernos sentir amilanados; pero lo que nos da la capacidad de imitar al perfecto Modelo es ocuparnos de Él y pensar en todos los sufrimientos que tuvo que soportar para salvarnos. Esto nos guiará a crecer en el conocimiento de su Palabra para adaptar nuestra vida entera a ella. Es preciso pensar siempre en el amor que Él nos ha manifestado. Para el creyente, el recuerdo de la muerte del Señor, cada primer día de la semana, es uno de los medios más santificantes, porque ¿podríamos ser puestos en presencia de lo que a Él le costó nuestra salvación, y después de esto no tener en cuenta lo que a Él le agrada? Satanás sabía lo que hacía cuando incitó a la cristiandad a imponer grandes intervalos entre las celebraciones de la Cena. Él procura que el creyente sea negligente para con la Cena del Señor. Porque cuanto menos piensa el creyente en lo que su salvación le costó al Señor, en los sufrimientos que Él soportó, tanto más se aleja de un acto que le recuerda la seriedad que conviene a un redimido; la vieja naturaleza aprovecha de ello para manifestarse. Y si en ese estado espiritual participa de la Cena, lo hace por puro formalismo, sin que su conciencia sea ejercitada respecto al andar que debe manifestar la debida fidelidad a su Señor.

A. —Sí, justamente, lo que me da cierto temor es la responsabilidad que debo manifestar en el andar.

B. —Lo comprendo; yo tuve los mismos temores. Pero siempre debemos pensar que Dios nunca nos pide nada sin darnos antes lo que es necesario para cumplir su voluntad. Me contaron que un hombre se mantenía a distancia de la Mesa del Señor porque temía no poder andar con suficiente fidelidad. Cuando oyó una meditación sobre la parábola del hijo pródigo, le llamó mucho la atención el hecho de que el padre le dio no sólo el más hermoso vestido y el anillo que puso en su dedo, sino que también le dio sandalias para los pies, necesarias para caminar. Desde ese momento comprendió que Aquel que le había dado la salvación le daba también lo necesario para el andar. Él lo da por medio de su Palabra, la cual nos enseña de qué manera debemos caminar y, al mismo tiempo, nos provee de la fuerza para hacer lo que ella nos enseña.

Hay también otra verdad que se relaciona con la Cena y que es importante resaltar. En el capítulo 11 de la primera epístola a los Corintios, versículos 24 y 25, Pablo dice que recibió del Señor —y no de otros apóstoles— las instrucciones acerca de la Cena que Él instituyó; porque este acto tan importante forma parte de lo que concernía al misterio de la Iglesia, el cual el Señor le reveló desde el cielo. Después de haber recordado tal institución, Pablo añade: “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (v. 26). Participar de la Cena tal como la instituyó el Señor es un testimonio dado a su señorío ante el mundo que lo rechazó y frente a Satanás que condujo al mundo a cometer semejante acto. Es proclamar que Aquel a quien reconocemos como Señor, murió cuando vino aquí abajo donde el mundo no le conoció y donde los suyos no le recibieron (Juan 1). Nosotros reconocemos todas las glorias y el señorío de Aquel que, ha-

biendo sido rechazado por los hombres y levantado en la cruz entre dos malhechores, está ahora en la gloria. Al participar de la Cena, pues, hacemos que el mundo y su príncipe recuerden que crucificaron al Señor de gloria y que, si el cielo lo recibió por un tiempo, Él regresará, no sólo para tomar a los suyos consigo, sino también para hacer valer sus derechos como Señor —derechos que los hombres no reconocieron y no reconocen aún— ejerciendo sus juicios sobre el mundo a fin de establecer su reino, habiéndosele dado toda autoridad en los cielos y en la tierra.

A. —¡Cuántas cosas maravillosas se relacionan con la celebración de la Cena!

B. —Efectivamente, y lo que más conmueve nuestro corazón es pensar que Aquel a quien reconocemos como Señor y que aparecerá como tal para el mundo, ciertamente ha querido ser la víctima por el pecado, aceptando sufrir en nuestro lugar el juicio que nosotros merecíamos.

A. —En el capítulo 11 de la primera epístola a los Corintios, después de los versículos que usted citó, hay palabras que hacen temer acercarse a la Mesa del Señor. ¿Qué significa comer el pan y beber la copa del Señor indignamente, lo cual hace que uno sea culpado del cuerpo y de la sangre del Señor?

B. —Por medio de ese capítulo nos enteramos que los corintios participaban de la Cena haciendo una comida, probablemente una especie de ágape que tenía lugar al principio, pero que, a causa de su bajo estado espiritual, había degenerado en una comida donde comían en exceso e incluso se embriagaban (v. 20-22). Ellos habían perdido de vista por completo el memorial de la muerte del Señor. Por eso el apóstol les recuerda la institución de la Cena tal como el Señor la estableció. Los corintios, pues, comían el pan y bebían la copa indignamente, y

se hacían culpables respecto al cuerpo y la sangre del Señor. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando perdían de vista toda la seriedad y el valor de tal memorial, y lo confundían con una comida completamente carnal? Al comer y beber así, ellos no discernían, no diferenciaban el cuerpo del Señor de los otros alimentos que satisfacían su apetito carnal; comían y bebían juicio contra sí mismos. El Señor, pues, gubernamentalmente, no puede pasar por alto semejante profanación del memorial que recuerda algo tan glorioso y solemne como Su muerte. Por eso en el versículo 30 está escrito: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados ente vosotros, y muchos duermen.” Es decir que, como castigo, muchos habían sido heridos en su salud e incluso algunos habían dormido, o sea, habían muerto. Ellos habían cometido el pecado de muerte, el cual no es un pecado especial, sino un pecado cometido en circunstancias que aumentan su gravedad. En el capítulo 5 del libro de Los Hechos leemos que Ananías y Safira cometieron tal pecado al mentir en circunstancias en que el Espíritu Santo desplegaba su gran poder en medio de los santos. El amor al dinero puso un velo sobre su espiritualidad y les impidió comprender la gravedad de la mentira en que se asociaron en tales circunstancias.

Al considerar la seriedad que reviste participar de la Cena, y las consecuencias que derivan de hacerlo indignamente, puede que uno llegue a pensar que es mejor abstenerse. El apóstol prevé este pensamiento y, en el versículo 28, dice: “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa.” Es necesario considerar delante de Dios todo lo que en nosotros no concuerda con su pensamiento, es preciso juzgar esto y, en lugar de abstenerse de participar de la Cena, responder al deseo del Señor. El versículo 31 dice: “Si, pues,

nos examinásemos (juzgásemos) a nosotros mismos, no seríamos juzgados.” Juzgarse a sí mismo significa juzgar el mal que se encuentra en nosotros para separarse de él; pero esto tiene un alcance aún mayor: significa ejecutar sobre sí mismo el juicio que Dios ejecutó sobre el hombre en Adán y que ha sido ejecutado sobre la cruz. Si nos juzgamos siempre de esta manera no cometeríamos actos que atraen sobre nosotros el castigo que Dios ejerce sobre sus hijos. Pues en el versículo 32 está escrito: “Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.” Como el Señor sufrió la condenación en lugar del creyente, éste no puede ser condenado, pero se encuentra bajo la disciplina que el Señor ejerce sobre los suyos.

A. —Le agradezco, pues me siento aliviado al ver que se trata de las circunstancias en las que se encontraban los corintios.

B. —Sin duda; pero el Señor nos ha dado ese relato inspirado porque nosotros estamos expuestos a los mismos peligros —aun sin estar en las mismas circunstancias que los corintios—, si no discernimos el cuerpo del Señor al participar de la Cena; y esto de muchas maneras. Podemos llegar a participar de este memorial con corazones distraídos, haciéndolo simplemente como un hábito, sin considerar los sufrimientos del Señor y todo lo que implica su muerte. Podemos llegar a presentarnos con un pecado no juzgado, con pensamientos rencorosos respecto a hermanos o hermanas en comunión, con dificultades no solucionadas con tal o cual a quien incluso no saludamos más; todo ello sin hablar de tantos hábitos mundanos con los cuales uno se ha familiarizado. Todo esto puede hallarse en nosotros cuando no pensamos de corazón en los sufrimientos del Señor,

los cuales fueron necesarios para quitar nuestros pecados y llevarnos a Dios en un estado de santidad imprescindible para que Él pudiera admitirnos en su presencia actualmente y en la eternidad. No se comprende que el pecado, llevado así cuando vamos a la presencia del Señor y al memorial de su muerte, está en contradicción con el recuerdo de su muerte. ¿Cómo podríamos recordar el medio por el cual el pecado fue quitado, si al asistir al memorial llevamos en nosotros pecados sin juzgar? ¡Qué inconsecuencia es ésta, y qué falta de conciencia sobre lo que significa la muerte del Señor!

Todo esto nos hace comprender la gran debilidad que caracteriza a la Iglesia a causa de nuestras inconsecuencias tan culpables y frecuentes. Si tuviésemos en medio de nosotros al apóstol Pablo bien podría decirnos lo les dijo a los corintios: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.” Confesamos que no somos lo suficientemente espirituales para interpretar los actos del gobierno de Dios en medio de nosotros; pero sabemos que tal gobierno existe y se ejerce, pues la Iglesia es la Iglesia de Dios.

A. —¡Qué lejos me encontraba de pensar en la seriedad que reviste el hecho de acercarse a la Mesa del Señor! Pero a pesar de la debilidad que me caracteriza, estoy feliz de escuchar que es necesario juzgarse, probarse a sí mismo delante de Dios, para participar de la Cena y recordar al Señor en lugar de abstenerse.

B. —En efecto, sin esto ¿quién podría participar de este memorial? Es preciso ocuparse de sí mismo al solo efecto de juzgarse. Y si somos indignos de participar de la Cena, es necesario pensar que el Señor es siempre digno de que nos acordemos de él en nuestro caminar, el cual debe glorificarlo y no debe

estar en contradicción con los resultados de su muerte por nosotros.

Consideremos ahora la Mesa del Señor y las verdades que le atañen. ¿Comprende usted la diferencia que existe entre la expresión “Cena del Señor” y “Mesa del Señor”?

A. —No; yo pensaba que estas dos expresiones se refieren a una única y misma cosa.

B. —La palabra cena significa cenar o participar de una comida; es una comida que tiene lugar en memoria del Señor muerto en la cruz. Por eso en la Cena del Señor los redimidos participan de ella en memoria de su Señor. La Mesa del Señor presenta otro pensamiento, es decir, el de la comunión. En la Palabra, la mesa es el lugar donde se establece la comunión. Para estar a la mesa en la casa de alguien es necesario pertenecer a la familia, o bien ser invitado a ella. Para que alguien invite a otro a su mesa es necesario que tenga cierta intimidad con él. Veamos, por ejemplo, 2.º Samuel 9:7, 10, 13; 1.º Reyes 2:7; Salmo 23:5; Ezequiel 44:16; 1.ª Corintios 10:21. En la lectura de Mateo 22:1-11, vemos que lo que daba el derecho de sentarse a la mesa del rey era el vestido de boda. El que no lo tenía, era excluido; no tenía ninguna comunión con los pensamientos del Rey ni de los demás invitados. De modo que en la Cena del Señor tenemos el memorial de su muerte, y en Su mesa la realización de la comunión, tal como lo enseña 1.ª Corintios 10:16: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” El apóstol no dice el memorial, sino **la comunión**; es decir, una común parte en la sangre y el cuerpo de Cristo, y por consecuencia con el Señor. Y también, como lo

vemos en el versículo 17, los unos con los otros: “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.” La palabra “muchos” indica a la Iglesia entera, porque la Iglesia o Asamblea es una expresión que significa una reunión que está compuesta por **muchos**. Este pasaje nos enseña que el pan en la Mesa del Señor no representa solamente el cuerpo muerto del Señor, sino también su cuerpo espiritual el cual está compuesto de todos los creyentes. Nosotros, que somos muchos, es decir, todos los miembros del cuerpo de Cristo, toda la Iglesia o Asamblea, somos un solo pan, un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo y mismo pan. De modo que en la Mesa del Señor se expresa la unidad del Cuerpo de Cristo. Sentados a ella partimos el pan **como miembros del cuerpo de Cristo**, y no como miembros de alguna iglesia o congregación en particular. Si alguien dice que es «miembro de una iglesia» está utilizando una expresión desconocida en la Palabra; el que parte el pan profesa que es miembro del cuerpo de Cristo. Todos los creyentes de una localidad deberían encontrarse allí alrededor de esta Mesa; entonces ellos darían testimonio de lo que verdaderamente son: un solo pan, un solo cuerpo. Es el único medio escritural para expresar que el cuerpo de Cristo es uno. Aun si todos los creyentes de una misma localidad se reunieran en un lugar para leer la Palabra y edificarse, ello no expresaría que son un solo cuerpo. Sería solamente la realización de un buen acuerdo como resultado del deseo de reunirse con tal objeto. A menudo se habla de la unión entre los cristianos. Las uniones necesitan de un esfuerzo para hacerlas, pero la unidad del cuerpo existe. A la unidad no hay que hacerla, la cual sólo se puede manifestar alrededor de la Mesa del Señor, conforme a las enseñanzas de la Palabra.

Si no todos comprenden que deben encontrarse alrededor de la Mesa del Señor para manifestar allí la unidad del cuerpo de Cristo, es preciso que aquellos que sí lo comprenden se reúnan alrededor de esta Mesa según la enseñanza de la Palabra y partan el pan como miembros del cuerpo de Cristo. Si yo digo que soy miembro de una iglesia o de una comunidad, cualquiera que fuese, estoy utilizando una expresión sectaria. En 1.^a Corintios 12:12 está escrito: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.” Lo que significa que **Cristo** es un todo, un cuerpo del cual Él mismo es la Cabeza glorificada en el cielo y cada creyente un miembro de su cuerpo, unido a Él por el Espíritu Santo.

A. —Entonces al hablar de un creyente que no está en comunión a la Mesa del Señor no es justo decir que él no forma parte de la Iglesia.

B. —Eso sería justo si con ello se quisiera decir que no está en comunión con los creyentes que manifiestan la unidad del cuerpo de Cristo a Su mesa. Pero tal creyente es un miembro del Cuerpo de Cristo; él debería tener conciencia de ello y tendría que conformarse a las enseñanzas de la Palabra para manifestar que es un miembro de ese cuerpo, partiendo el pan como miembro del Cuerpo de Cristo. Todos los creyentes que viven en una localidad constituyen la Iglesia o Asamblea en dicha localidad, y deberían obrar en consecuencia.

A. —Pero a menudo escuché que no se le puede ofrecer la Cena a creyentes que parten el pan con cristianos de diferentes denominaciones. Si ellos son miembros del cuerpo de Cristo, ¿por qué no recibirlos?

B. —Porque la comunión se manifiesta a la Mesa del

Señor y no se podría estar en comunión con diversas mesas, algunas de las cuales fueron establecidas por cristianos que sostienen tal o cual error o que, sin tener errores, mantienen su comunión con aquellos que sí los sostienen; otras que pertenecen a organizaciones humanas constituidas por un gran número de personas que no tienen la vida de Dios. No se puede estar en comunión con quienes no tienen la vida, porque no pertenecen al cuerpo de Cristo. Una asamblea reunida según las enseñanzas de la Palabra tiene la responsabilidad de ejercer la disciplina que tiene por objeto mantener la santidad que conviene a la Iglesia de Dios. Esta disciplina se lleva a cabo cuidándose unos a otros en el amor y la verdad. Alentándose a caminar conforme a la Palabra, reprendiendo el mal, practicando el lavamiento de los pies (en el sentido espiritual), es decir, mediante la aplicación de la Palabra para juzgar el mal y purificarse de él. Y cuando dicha disciplina no puede ejercerse más y el mal es demasiado grave, ya sea por inmoralidad o por falsas doctrinas, es necesario excluir a la persona culpable.

Hay un gran número de cristianos, probablemente la mayor parte de ellos, que, aun cuando forman parte de la Iglesia en la localidad donde viven, no se reúnen a la Mesa del Señor para manifestar que son miembros del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia completa, universal, formada por todos los que han nacido de nuevo. Muchos ignoran las verdades referentes a la Iglesia; otros piensan que las practican, pero no se amoldan en todos los puntos a las enseñanzas de las Escrituras. Y, finalmente, hay un gran número de creyentes que permanecen indiferentes frente a la manera escritural de reunirse y se contentan con formar parte de alguna «iglesia», o también piensan que simplemente son salvos para ir al cielo un día, y no se preocupan por el

testimonio colectivo que todos los redimidos están llamados a manifestar.

A. —Hay creyentes cuyo andar es verdaderamente ejemplar. ¿Por qué no se los recibiría si desearan participar a la Mesa del Señor?

B. —Ellos serían recibidos de todo corazón si dejaran de partir el pan en torno a una mesa en la que se tolera el mal bajo alguna de sus formas; de otro modo ellos pondrían la Mesa del Señor en comunión con el mal que es tolerado en aquella a la cual están unidos. Es lo que pablo enseña en 1.^a Corintios 10:20-21. Los corintios no podían participar de la Mesa del Señor y la de los ídolos, que eran mesas de demonios. A un creyente espiritual, instruido en la Palabra, jamás se le ocurriría calificar de mesa de demonios a las diferentes mesas establecidas por el hombre en la cristiandad, pero en estos pasajes vemos establecido el principio: no se puede estar en comunión con otra mesa que no sea la Mesa del Señor.

A. —En ese caso, los creyentes que llevan a cabo la reunión alrededor del Señor y parten el pan simplemente como miembros del Cuerpo de Cristo, son tal vez la menor parte de los miembros de ese cuerpo. ¿Se puede en tal caso decir que ellos son la Iglesia de Dios en la localidad donde se reúne?

B. —No. Éstos, efectivamente, son sólo una parte de ella, pero representan a la Iglesia que se encuentra en dicha localidad, la cual está constituida por todos los que han nacido de nuevo y están unidos a Cristo, la Cabeza del Cuerpo, mediante el poder del Espíritu Santo; y ellos deben manifestar los caracteres de la Iglesia o Asamblea de Dios. Pero hay un pensamiento consolador para aquellos que rodean la Mesa del Señor: al ver sobre la mesa un solo pan, el cual es la expresión del solo cuer-

po, ellos abarcan en sus pensamientos y llevan en sus corazones a todos los miembros de dicho cuerpo, ya sea de la Iglesia en su aspecto local, como de la Iglesia en su aspecto universal. Así como el Señor, nuestro gran Sumo Sacerdote, lleva a los suyos sobre sus hombros y sobre su corazón, y los representa en la gloria donde su Dios los ve a todos en Él, así también debemos abarcar en nuestros afectos y llevar en nuestro corazón a todos los amados miembros del cuerpo de Cristo, los cuales son objeto de su amor, sufriendo al mismo tiempo cuando vemos vacío el lugar que ellos tienen alrededor de la Mesa del Señor, Señor de ellos y nuestro. Así podemos manifestar la unidad del Cuerpo de Cristo y a la vez ser guardados del pensamiento sectario de que **nosotros** somos la Iglesia de Dios en nuestra localidad.

Cuando nos reunimos para rendir culto alrededor de la Mesa del Señor, tenemos también el siguiente pensamiento alentador: representando a la Iglesia de Dios por entero, el culto que sube a Dios es el que ofrece la Iglesia, por cierto con debilidad, pero acepto por Él, pues es presentado por nuestro gran Sumo Sacerdote quien purifica nuestras ofrendas santas, como en la antigüedad sucedía mediante la lámina de oro que estaba sobre la frente de Aarón (Éxodo 28:36-38). De manera que llega a Dios solamente lo que Él puede aceptar como ofrenda de buen olor; es decir, la presentación de las perfecciones de su amado Hijo.

Le diré aún que si no puede decirse que participar de la Cena es un acto de obediencia al Señor, sí es un acto de obediencia tomar nuestro lugar a Su mesa según las enseñanzas de la Palabra. Su Palabra es la que debe tener autoridad, y no nuestros propios pensamientos, para que ella nos enseñe cómo debemos reunirnos a fin de manifestar los caracteres de la Igle-

sia de Dios en todos sus aspectos, en medio de la ruina que se ve en la iglesia profesante. Pues obrar de una manera que no es según la voluntad de Dios claramente expresada en la Palabra, es desobediencia, aunque en muchos casos tal desobediencia sea el fruto de la ignorancia.

(M. E. 1937)

LA CENA DEL SEÑOR, SENTADOS A SU MESA

La expresión “participar de la mesa del Señor” (1.^a Corintios 10:21), se refiere claramente a comer la Cena en conjunto en la asamblea reunida, según la frase: “Cuando os reunís” (11:20). Detrás de la figura del lenguaje utilizado vemos la comida en común, tomada en memoria de la muerte del Señor. Este privilegio —pues no es de ningún modo una ordenanza ni tampoco un sacramento— se les propone a todos los creyentes. Éstos, en el tiempo del apóstol, gozaban de tal privilegio, separados del paganismo y del judaísmo; y los corintios fueron advertidos de que no podían “participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios” (10 21). Ellos debían “huir de la idolatría”, y desde el momento en que tomaban parte en la Cena no podían asociarse absolutamente a nada que tuviera relación con los cultos idólatras; incluso si, convencidos de la futilidad de los falsos dioses, sólo participaran exterior o lejanamente de esas cosas, por ejemplo, comiendo viandas que habían sido ofrecidas a los ídolos. Efectivamente, en la cena ellos expresaban la comunión de la sangre de Cristo al beber de la copa, y la comu-

nión del cuerpo de Cristo al partir el pan. Así daban testimonio de que “siendo uno solo el pan” ellos eran, “un [solo] cuerpo”, el cuerpo de Cristo. ¿Podían, pues, hacer participar al cuerpo de Cristo con la idolatría?

La cuestión era simple. Lo que complica la situación en la actualidad es que la cristiandad, aunque profesa estar separada tanto de la idolatría como del judaísmo, ha dejado penetrar en ella una cantidad de “rudimentos del mundo” y se ha dividido en grupos diferentes en los cuales cada uno afirma participar de la comida instituida por el Señor. A la Cena unos le añaden alguna cosa; otros le quitan algo. Éstos hacen de ella un sacramento; aquéllos la monopolizan con los partidarios de una doctrina particular. Aquí se admite a cada uno bajo su responsabilidad personal; allá se exige una profesión de fe. Pero sea cual fuere la confusión, el principio establecido respecto a la idolatría en Corinto permanece, a saber, que la mesa expresa la comunión: todos los que en ella comen “son partícipes del (o tienen comunión con el) altar” (10:18); es decir, con el culto rendido y el conjunto de aquellos que lo rinden. De manera que, por una parte, “cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor” (11:27); y por otra parte, sentarse a una “mesa” asocia al que participa de ella con lo que caracteriza a ésta, así como comer de lo sacrificado a los ídolos ponía a los corintios en comunión con los demonios (10:20).

Un creyente que tiene los intereses del Señor vivos en su corazón tiene, pues, el deber de asegurarse que parte el pan conforme a Su pensamiento. En primer lugar, debe hacerlo de manera “digna” en cuanto a sí mismo, según la enseñanza que nos da 1.^a Corintios 11:27-29, probándose “cada uno a sí mis-

mo” antes de presentarse para comer del pan y beber de la copa. He aquí el lado individual. Pero él no puede participar de la Cena solo; lo hace a la Mesa donde expresa la comunión. Es, pues, el conjunto entero el que, con él, debe reconocer al Señor con todos sus derechos; de otro modo este creyente se expone a encontrarse en comunión con lo que deshonra el nombre del Señor. Una conciencia esclarecida no podría partir el pan en una reunión donde la responsabilidad colectiva de la Iglesia, tal como nos enseña 1.^a Corintios 5, no fuera experimentada, tanto para recibir como para “quitar”, y donde la mancha de la carne o del espíritu no fuera juzgada y no se ejerciera la disciplina según la Palabra, disciplina que, si es preciso, puede llegar hasta la expulsión¹⁾. El creyente cuya conciencia es así ejercitada ya no podría encontrarse más en una reunión que no fuera la de la Iglesia reunida en el nombre del Señor —con Su presencia personal asegurada según la promesa que hallamos en Mateo 18:20— y que fuera una reunión celebrada según el pensamiento y la organización humanas. Una reunión sectaria, es decir, fundada en una doctrina particular, y cuyos adeptos toman un nombre particular en la cristiandad, solamente puede ser reconocida como una “iglesia” que consiste en un conjunto de personas con su clero. La Mesa del Señor sólo puede encontrarse allí donde la Iglesia se reúne como tal, simple, pero realmente en el nombre del Señor.

Ciertamente, no hay dificultad alguna en estimar que al-

1) Aquí hablamos del principio. La práctica probablemente siempre estará marcada por la imperfección humana. Pero el Señor, que anda en medio de los siete candeleros de oro (Apocalipsis 2:1), soporta pacientemente, advierte, reprende, e interviene, castigando en el tiempo conveniente. Tal castigo puede llegar hasta el extremo de que Él tenga que quitar el candelero de su lugar.

mas piadosas pero mal instruidas recuerdan la muerte del Señor, sin que importe dónde ellas participan de lo que les es presentado como la Cena, y que dichas almas encuentren allí gozo y se sientan reconfortadas. Bien podemos bendecir a Dios por lo que ellas experimentan allí.

Pero cada uno tiene la responsabilidad de caminar según la luz que ha recibido. Si hemos sido enseñados en cuanto a la santidad de la Mesa del Señor y respecto a la unidad del Cuerpo de Cristo, la cual se proclama en ella, nuestra práctica debe estar en concordancia con tal enseñanza de las Escrituras. No nos será posible pensar que tenemos la libertad de ir aquí o allá para participar de la Mesa del Señor como si ella se encontrara en todas partes o casi por todos lados. Existe un lugar, uno solo, donde Él mismo la establece.

Yo no debo evaluar la medida en que los creyentes reunidos, ya sea en grandes iglesias multitudinarias o a título independiente, recuerdan al Señor; sólo Él lo sabe hacer, pues conoce todas las cosas. Pero debo asegurarme de que yo hago memoria del Señor, sentado a **su Mesa** allí donde Él reúne a los suyos, separados del mal moral y doctrinal. Aunque la instrucción que hallamos en Mateo 18:20 sea la única al respecto, ella brilla con perfecta claridad. Incluso para lo que los sacerdotes del antiguo pacto podían llamar “la mesa de Jehová” (Malaquías 1:7), no bastaba un altar o una mesa de los panes de la proposición, sino que era necesario encontrarse en el lugar que Jehová mismo había escogido. ¿Y no es significativo ver que los Evangelios insisten en el cuidado con que el Señor fijó el lugar, el aposento donde todo estaba dispuesto y donde los discípulos debían preparar esa pascua en la cual Él iba a sentarse a la mesa con los doce y en el curso de la cual iba a instituir la Cena?

“¿Dónde quieres?”, preguntaron los discípulos. “Preparadnos la pascua”, les dijo Jesús. “Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó” (Mateo 26:17-20; Marcos 14:12-17; Lucas 22:7-14).

Por desgarrante y doloroso que nos parezca, no se puede llamar Mesa del Señor a toda «mesa» que la cristiandad levanta sobre otra base que la de la unidad del Cuerpo de Cristo. Esto implica que no podríamos reconocer allí la celebración de la cena **por más que otros puedan encontrarse allí**; de otro modo seríamos culpables de no sentirnos libres para participar de ella.

Todo equívoco sobre este punto lleva a desvíos. Es evidente que existe una diferencia entre la Mesa del Señor tal como se la presenta en 1.^a Corintios 10:21, donde el lado primordial es el de la comunión, y la Cena del Señor tal como se presenta en 1.^a Corintios 11 donde lo que se considera¹⁾ es el memorial. Pero es muy evidente que la Mesa no es tal por el mero hecho de que se tome la Cena allí. En los dos casos se trata de la misma celebración y de la misma comida conmemorativa en común. En el primer caso se recalca el hecho de que se la toma «en común»; y en el segundo, que es «conmemorativa». Si se quisiera insistir en la dificultad de separarlas, no podría hacerse sino para concluir que la Mesa del Señor se encuentra en todas partes, valiéndose del pretexto de que la Cena se encontraría en todas partes. Pero, muy al contrario, para el que quiere ser fiel, la Cena del Señor no se lleva a la realidad en todas partes. Cuando

1) Este tema fue considerado más de una vez en muchos escritos. Entre varios otros, son muy útiles: “*La mesa y la cena del Señor*” de R. Brockhaus; “*El partimiento del pan y la adoración*” de R.K.Campbell; “*El nombre que congrega*” de G. André; “*El camino más excelente*” y “*Hacia Cristo*” de H.L. Heijkoop; publicados por Ediciones Bíblicas, 1166 Perroy, Suiza.

los corintios celebraban “indignamente” la Cena, el apóstol tuvo que decirles que obrando así ellos no comían la cena del Señor y que menospreciaban la Iglesia de Dios (1.ª Corintios 11:22).

Finalmente, la pregunta primordial es ésta: ¿Nos llama el Señor a levantar una mesa más entre las numerosas que se ofrecen en la cristiandad, o más bien a tomar lugar en aquella que Él mismo levanta “fuera del campamento” (Hebreos 13:13) y que únicamente le pertenece a Él? Nuestra responsabilidad es tanto más grande frente al hecho de que debemos mantener todos juntos la santidad de una Mesa a la cual Él nos da la gracia de participar. Sí, recordemos que es únicamente por gracia.

Se trata, pues, de un hecho puesto en relieve por la enseñanza de las Escrituras. El resto es teología.

A. Gibert (M. E. 1959)

ANUNCIAR SU MUERTE

Extracto de una meditación de H. Rossier

“Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1.ª Corintios 11:26).

Me dirijo a vosotros que **conocéis** al Señor... a quienes veo domingo tras domingo, aparentemente indiferentes frente a su memorial. Os veo allí y quiero preguntaros: ¿Por qué ese silencio, cuando se trata de venir a adorar al Señor, vuestro Señor? ¿Por qué mantenéis vuestras bocas cerradas? En este breve pasaje halláis que la Cena no es solamente un memorial, no sólo adoración. No, la Cena es aún otra cosa; es una proclama-

ción. ¿Habéis notado esto? “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis copa, la muerte del Señor **anunciáis.**”

¡Oh, he aquí esta proclamación! Anunciamos, proclamamos la muerte del Señor; pero, ¿a quién? A los de fuera. Proclamamos al mundo entero que Jesús murió, que murió por nosotros, por nuestros pecados. Todos los que estamos aquí, quienes hemos venido a adorar al Señor Jesús, llevamos a cabo una obra efectiva, real, que nos conduce a hacer una digresión en el pensamiento de adoración, por elevado que sea tal pensamiento. Proclamamos en medio del mundo la muerte de nuestro Señor y Salvador; damos testimonio de que le pertenecemos. Queridos hermanos que aún no habéis respondido al deseo del Señor, ¿pensáis en tal testimonio, testimonio que Él espera de vosotros? Me diréis: «¿El mundo? ¡Éste no sabe nada de ello ni le interesa!» Poco importa; este mundo es responsable de que exista en medio de él una Mesa donde se proclama la muerte del Señor, donde se rinde testimonio de tal muerte.

Luego, al final del versículo citado, leemos: ¡“**Hasta que él venga**”! ¡Ah, pero quizá no haya mucho más tiempo, pues Él podría venir hoy, incluso dentro de un instante, mientras estamos hablando! Entonces habrá finalizado dicho testimonio; ya no podréis proclamar la muerte de vuestro Señor; ninguno de vosotros, creyentes aparentemente indiferentes —digo aparentemente porque, de hecho, estoy seguro de que no lo sois—, repito, ninguno de vosotros que haya pasado por alto este testimonio, tendrá la oportunidad de abrir la boca para justificar tal actitud. Habréis dejado vuestro corazón cerrado, y si el Señor viene hoy os avergonzaréis pensando que durante un mes, un año, o aún más, habéis disfrutado del beneficio de la maravillosa obra consumada por vosotros en la cruz a fin de limpiaros para

siempre de vuestros pecados, y que no habéis llevado a cabo ni una vez, ni una sola, el acto indicado para anunciar la muerte de vuestro Salvador. Hacéis mal. Lo único que el Señor os pide es dar este testimonio público; y tendréis que decir: «No lo hice; hay algo que me falta, que no llevé a cabo; no di testimonio de Aquel que hizo tanto, que todo lo hizo por mí.» Os sentiréis muy humillados.

Queridos hermanos, anhelo que estas débiles palabras puedan despertar muchas conciencias entre los hijos de Dios y llevarlos a decir: «Es tiempo de que avance y tome mi lugar en el ejército de testigos del Señor Jesús.» Nada puede reemplazar tal testimonio público, y el primer pensamiento que debe llenar el corazón de un joven convertido es, justamente, dar testimonio, anunciar la muerte del Señor Jesús en el único lugar en que debe ser rendido, es decir, a la Mesa del Señor. Nos ha sido dada tal institución para que seamos testigos de Sus sufrimientos en la cruz. Su sangre vertida nos limpia de todo pecado, de toda maldad.

Aún quiero hacer una observación respecto a este corto pasaje: “La muerte del Señor anunciáis **hasta que él venga.**” Si no tomamos nuestro lugar allí, es porque no sabemos suficientemente qué es esperar al Señor. En el simple acto de la Cena se encuentra incluida **la esperanza:** Hasta que él venga. ¡Él viene! Los que se mantienen fuera de ella nos escuchan hablar de la venida del Señor, y nosotros estamos en el lugar por excelencia para hablar de ello. Allí nuestros corazones se refrescan. Allí vamos a hablarle, y le decimos: ¡Ven! Allí, como Esposa suya y con el Espíritu, vamos a decirle: “Ven, Señor Jesús.”

(M.E. 1977)

“HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ”

Unos simples pensamientos sobre Lucas 22:19, 20

¿No pensamos a menudo en las últimas palabras de los que nos han dejado y han partido para estar con el Señor? Bien, he aquí algunas de las últimas palabras que pronunció nuestro amado Salvador, antes de dejar este mundo: “Haced esto en memoria de mí.” Teniendo delante de sí las sombrías horas de indecibles sufrimientos, el Señor instituyó este conmovedor pero simple recuerdo de su persona.

En este mundo no existe nada más apropiado para evocar su amor por nosotros: el pan, que nos habla de su cuerpo herido, y el vino, que evoca su sangre vertida por nosotros.

Tampoco existe algo más apropiado que esto para estimular nuestra alabanza hasta que Él venga. Precioso Salvador, adorable Señor, ¿quién nos amó como tú?

Pero hay amados amigos creyentes que nunca tomaron su lugar a la Mesa del Señor... ¿Por qué? ¿Será porque lo aman menos? Seguramente que no. Más bien se debe a que ellos nunca han prestado oídos a su tierna voz —no una voz de mando—, una voz llena de afecto: «Yo me he dado enteramente por ti; haz esto en memoria de mí.»

Al hacerlo provocamos gozo en su corazón, pues tenemos una parte con Él haciendo memoria de Él hasta que venga.

Allí en lo alto esto ya no será necesario, porque le veremos cara a cara, tal como Él es.

¡Que cada uno de nosotros responda a su deseo y, al hacerlo, démosle la gloria que Él merece!

D.B.E. Atkins (M.E. 1970)

PENSAMIENTO

Los orígenes de nuestras miserias no siempre se sanan corrigiendo las faltas de las que tomamos conocimiento. Dichas miserias desaparecen cuando las almas se alimentan de las riquezas que están en Cristo. Debemos pensar en ello. Alimentándonos nosotros mismos de Cristo —y él nos permite hacerlo sin límites— nuestro deber es llevar a otras almas a respirar una nueva atmósfera llena de Él.

J.N.Darby (M. E. 1959)

HE AQUÍ EL HOMBRE

Por F. von Kietzell

(Viene de la página 180)

14. "PADRE, PERDÓNALOS"

(Lucas 23:34)

Los Evangelios refieren siete frases pronunciadas por el Señor en la cruz (Mateo 27:46; Marcos 15:34; Lucas 23:34, 43, 46; Juan 19:26-30). Meditemos sobre la primera de ellas. El Señor la pronunció inmediatamente después de haber sido crucificado.

“Le crucificaron allí... Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:33-34). De su boca santa no salieron ni quejas, ni protestas, ni amenazas. Cada vez que la abrió fue para pronunciar palabras de gracia. Tampoco expresó una santa y justa ira, ni apeló a la venganza y al juicio de Dios. “Padre,

perdónalos”: tal fue su respuesta ante la más cruel de las ofensas que sufrió de parte de sus enemigos.

Pensamos que ya habría sido admirable que el Señor intercediera a favor de los legionarios, agentes ignorantes de sus verdugos. Pero ¿es posible que Él invocara el perdón de Dios a favor de los judíos, en boca de los cuales la bella expresión: “Hosanna” había cedido lugar tan rápidamente a la terrible: “¡Crucifícale!”; a favor de un pueblo que en pago de los innumerables beneficios que había recibido de Su parte lo había colmado de ultrajes?

Ciertamente, todo lo que pertenecía a la antigua economía fue puesto de lado, pues Israel, como nación, había faltado completamente a su responsabilidad para con Dios. No supo discernir en “su día” lo que era para su paz (Lucas 19:42). Si las cosas hubiesen quedado allí, toda esperanza de restauración para Israel habría quedado perdida para siempre porque, al rechazar a su Mesías, la nación había llegado al colmo de su iniquidad. Pero Dios cumplía así, en Cristo, los designios eternos de su gracia; de manera que donde “el pecado abundó”, la gracia había de “sobreabundar” (Romanos 5:20). He aquí lo que su pueblo hizo del “Santo de Israel”: Cristo “fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12). Pero Él oraba “por los transgresores”. Tal fue la respuesta de Aquel que había venido del cielo para manifestar su gracia.

Un día, estando en el monte, el Señor había dicho: “Amad a vuestros enemigos... orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44). Ningún mandamiento es tan contrario a la naturaleza humana como éste. Pero en Cristo se hallaba una perfecta concordancia entre sus actos y sus enseñanzas. Por eso Él podía decir de sí mismo: Yo soy “lo que desde el principio os he dicho” (Juan 8:25). Pablo, animado por el espíritu de su Señor, escribió a los corintios: “Nos difaman, y rogamos” (1.ª Corintios 1:13). Y Pedro: “Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual... cuando padecía, no amenazaba”, sino que, por el contrario, oraba por sus enemigos (1.ª Pedro 2:21-23).

Moisés, bello tipo de Cristo, también había intercedido por el pueblo, aun cuando éste lo había abrumado con sus incesantes manifestaciones de envidia. Jehová habría destruido a Israel “de no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de él, a fin de apartar su indignación” (Salmo 106:16, 23; Éxodo 32:30 y siguientes; Números 14:10 y sig.). Pero luego Dios no encontró ningún intercesor entre los jefes del pueblo. Por eso expresa su amargura: “Busqué entre ellos hombre que... se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé” (Ezequiel 13:5; 22:30). Ahora había encontrado uno en la persona de su Hijo unigénito, y esto en el preciso momento en que su pueblo acababa de crucificarlo. “Padre, perdónalos”. En virtud de esta intercesión, Israel no fue rechazado por Dios definitivamente, como lo hubiera merecido; y el juicio que debía caer sobre él fue diferido aún por un tiempo. Después del descenso del Espíritu Santo, el pueblo escuchó predicar acerca del arrepentimiento, expuesto principalmente por Pedro; y los primeros capítulos de los Hechos describen los extraordinarios frutos que resultaron de esa predicación. Pero Israel, como pueblo, continuó despreciando y rechazando a su Mesías. Esteban les dice: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51 y siguientes). La muerte de Esteban a manos del pueblo fue como la “embajada” mencionada en el Evangelio, la cual ellos enviaron al Hombre noble que se había ido a un país lejano, diciéndole: “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lucas 19:12-14). Sin embargo, “No ha desechado Dios a su pueblo... Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia”; y, después de los juicios, “todo Israel será salvo” (Romanos 11:2, 5, 26).

El **motivo** de la intercesión del Señor Jesús a favor de su pueblo es también tan admirable como la intercesión en sí misma. “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Nosotros ciertamente habríamos juzgado de otro modo: ¿No obraban ellos con

perfecto conocimiento de causa? ¿No habían discernido quién era Jesús? Tal como en la parábola, ¿no habían dicho abiertamente: “Éste es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra” (Lucas 20:14)? No obstante, el Señor dice: “No saben lo que hacen.” Él amaba a su pueblo “con amor eterno”; y su corazón, lleno de gracia para con ellos, los atraía con “misericordia” (Jeremías 31:3). Pedro dice: “Hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes” (Hechos 3:17). “Ninguno de los príncipes de este siglo” conoció la sabiduría de Dios, “porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1.^a Corintios 2:8). Sin embargo, cuando rechazaron al Salvador resucitado y glorificado, así como habían rechazado al Salvador sufriente y humillado, ellos ya no podían invocar ignorancia. Por eso Esteban, en su intercesión, no pidió que el Señor los perdonara porque ellos no sabían lo que hacían, sino que “clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7:60). “En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba (literalmente: mas yo soy todo oración)” (Salmo 109:4). El evangelio según Lucas nos presenta siete ocasiones en que se ve al Señor Jesús orando. Él, el Hombre dependiente, pasó noches enteras en oración (Lucas 6:12). También leemos: “Levantándose muy de mañana. Siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). “Mas yo a ti he clamado, oh Jehová, y de mañana mi oración se presentará delante de ti (o: mi oración te previno)” (Salmo 88:13; RV 1909). En la “mañana” de Getsemaní su oración también se había “presentado”, había “prevenido” a Dios, cuando “estando en agonía, oraba más intensamente”, en el momento en que recibía la copa de la mano del Padre. “Te he llamado, oh Jehová, cada día; he extendido a ti mis manos” (Salmo 88:9). “Cada día”; incluso en la cruz, Cristo clamó a Dios y extendió a él sus manos, sus manos heridas por aquellos por los cuales intercedió: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”

(Continuará)

ÍNDICE

Año 2004

Abolición del pecado (La) -Fragmento- <i>E. Denmet</i>	103
Ángeles (Los) <i>A. Ladrierre</i>	51
Ángeles malos (Los) <i>A. Ladrierre</i>	83
Año nuevo <i>M.J. Koechlin</i>	1
Anunciar Su muerte <i>H. Rossier</i>	208
Cena del Señor (Breve meditación sobre la) <i>W. Kelly</i>	181
Cena del Señor (La) <i>G.V. Wigram</i>	184
Cena del Señor (La), sentados a Su mesa <i>A. Gibert</i>	203
Cena del Señor (Una conversación acerca de la) <i>S. Prod'hom</i>	187
Dios (Algunos títulos de Dios en el Nuevo Testamento) <i>R.A Creeth</i>	37
Dios el Creador <i>A. Ladrierre</i>	109
Dios es amor <i>G.V. Wigram</i>	43
Dios (Los nombres con los que Dios se da a conocer en su Palabra) <i>A. Ladrierre</i>	8
Dios, su naturaleza y sus atributos <i>A. Ladrierre</i>	145
Eclesiastés (Estudio sobre el) <i>H. Rossier</i>	24, 61
Espíritu Santo (El), poder de lo alto <i>J.N. Darby</i>	117
“Haced esto en memoria de mí” <i>D.B.E. Atkins</i>	211
He aquí el hombre <i>F. von Kietzell</i>	30, 68, 104, 142, 175, 212
Hombre (El) y Dios <i>J.N. Darby</i>	14
Intervención de Dios (La) <i>J.N. Darby</i>	73
Justicia de Dios (Acerca de la) <i>F. Prod'hom</i>	78
Oración (Carta acerca de la) <i>H. Rossier</i>	174
Oración en Hechos 4:24-30 (Respecto a la) <i>W.J. Hocking</i>	125
Pensamientos	141, 212
Progreso espiritual y crecimiento <i>F.G. Burkitt</i>	170
Renovaciones <i>A. Gibert</i>	160
Solemnidad de la presencia del Señor en las reuniones (La) <i>P. Fuzier</i>	133
Tempestad (La) <i>A. Guignard</i>	3

*Jesús, Señor amado, a tu invitación
nos hemos congregado en fraternal unión;
salvados por tu muerte y unidos en tu amor,
regocíjanos verte objeto de loor.*

*Llamados a tu cena que dispusiste aquí,
recuerdo bendecido, Señor Jesús, de Ti;
quedamos admirados de ver tan grande amor,
probado por tu muerte ¡bendito Salvador!*

*Gozamos al sentarnos de Ti alrededor,
allí donde tu gracia nos dio lugar, Señor;
tu Espíritu en nosotros cumple tu voluntad,
valiéndose de todos según Su facultad.*

*Ya miembros de tu cuerpo, teniendo en Ti el vivir,
de la muerte hasta el cielo nos has hecho subir.
Tus prodigios loamos ¡oh Cristo Salvador!
Tú del gran Dios la gloria y manantial de amor.*

*Respondiendo a tu deseo, Jesús, llega hoy tu grey;
de la cena prueba el gozo, de tu amor recuerdo fiel.
Del Calvario la obra magna, goza el bien tu Iglesia acá,
tu sacrificio proclama, tu victoria ensalza ya.*

*Recordamos tus angustias, ¡oh divino Redentor!
Tu cáliz, tu afán y luchas, ya agonía y tu sudor;
por los tuyos el castigo apuraste en dura cruz,
salvos ya, tienen contigo comunión en santa luz.*

*Da paz y dicha inefable ¡oh Jesús! tu comunión,
y de tu amor insondable ya gozamos hoy el don;
santos, de común acuerdo demos preces y virtud,
al Cordero inmolado sea gloria en plenitud.*